CAPÍTULO LVIII.

Que trata de cómo menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

CUANDO Don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho, le dijo:

—La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni en el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres.

Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecía á mí que estaba metido entre las estrechezas del hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran mios: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo.

—Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte doscientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del duque, que como pítima y confortativo la llevo puesta sobre el corazón para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.

En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenían unas como sábanas blancas con que cubrían alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas. Llegó Don Quijote á los que comían, y saludándoles primero cortesmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrían. Uno dellos le respondió:

—Señor, debajo destos lienzos están unas imágenes de relieve y entalladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren.

—Si sois servidos, respondió Don Quijote, holgaría de verlas, pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas.

—Y como si lo son, dijo otro, si no, dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados: y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos; y levantándose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de San Jorge, puesto á caballo con una serpiente enroscada á los pies, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecía una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola Don Quijote, dijo:

—Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse Don San Jorge, y fué además defendedor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de San Martín, puesto á caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto Don Quijote, cuando dijo:

—Este caballero también fué de los aventureros cristianos, y creo que fué más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debía de ser entonces invierno, que si no, él se la diera toda, según era de caritativo.

—No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refrán que dice, que para dar y tener, seso es menester.

Rióse Don Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del patrón de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola dijo Don Quijote:

—Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo; este se llama Don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubría la caída de San Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversión suelen pintarse.

Cundo le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba, y Pablo respondía:

—Este, dijo Don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás, caballero andante por la vida, y santo á pie quedó por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo.

No había más imágenes, y así mandó Don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban:

—Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y

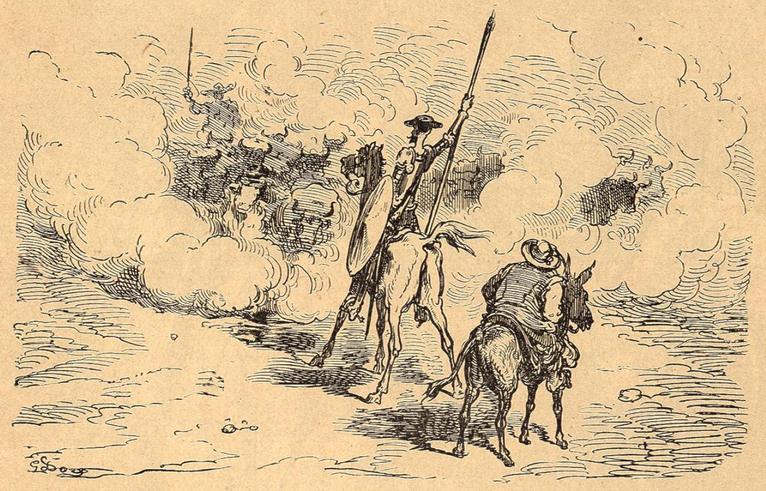
ellos es, que ellos fueron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano.

Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándoseme mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

—Dios lo oiga, y el pecado sea sordo, dijo Sancho á esta ocasión. Admiránronse los hombres así de la figura como de las razones de Don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería.

Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes, y despidiéndose de Don Quijote, siguieron su viaje. Quedó Sancho de nuevo cimo si jamás hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo, ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole:

—En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos han sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos.



—Tú dices bien, Sancho, dijo Don Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos.

Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado San Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo vuelve las espaldas y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazón, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas.

El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipión á Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo, dijo: "No te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida entre mis brazos." Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágenes ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

—Yo así lo creo, respondió Sancho, y querría que vuesa merced me dijese, ¿qué es la causa porque dicen los españoles cuando quieren dar una batalla, invocando á aquel San Diego Matamoros: Santiago y cierra España? ¿Está por ventura España abierta, y de modo que es menester cerrarla; ó qué ceremonia es ésta?

—Simplisícimo eres, Sancho, respondió Don Quijote, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática y dijo á su amo:

—Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas.

He oído decir también que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora más parecen que se aguzan, que despuntan.

—Advierte, Sancho, dijo Don Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesión de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusión que lástima.

—¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la más mínima razón amorosa suya. Hideputa, ¡y qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron?

Que en verdad, en verdad que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

—Advierte, Sancho, respondió Don Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas.

Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástele á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló Don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello dijo á Sancho:

—Paréceme, Sancho, que esto destas redes deber de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la seguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son he-